

Festival del Cine Venezolano, otra sede para la catarsis

HUMBERTO SÁNCHEZ AMAYA

La isla de Margarita fue el nuevo escenario del encuentro de creadores cinematográficos. La edición de 2024 subrayó la necesidad de hablar de un país convulso, de despedidas y tragedia. La sombra del catire fue la película con más premios.

La sombra del catire se impuso en la más reciente edición del Festival del Cine Venezolano. Una película de la que se hablaba poco en redes y entre el público, pero que sigilosamente sumaba una participación de renombre: el Festival Internacional de Cine de Varsovia, perteneciente a la Federación Internacional de Asociaciones de Productores Cinematográficos, en la que también están Cannes, Berlín, Venecia y Mar del Plata.

El largometraje dirigido por Jorge Hernández Aldana cuenta la historia de un hombre abrumado por las consecuencias de un pasado. En un paraje solitario del noroccidente venezolano, insiste en refugiarse en la soledad, en una vida áspera en un ambiente que transmite el agobio de una existencia, a la vez que ciertos personajes lo acorralan en una diatriba de remembranzas, violencia y perturbaciones. Esta historia exigente para el espectador y estéticamente bien lograda obtuvo quince premios en la categoría de ficción, incluyendo mejor dirección para el realizador radicado en México.

Mientras que en la competición de documentales, el premio mayor lo obtuvo *La candidata*, de Emil Guevara Malavé y Ronald Rivas Casa-

llas, quienes exhibieron una obra que desde el comienzo del festival partía como favorita por la manera de hilvanar los pesares y aspiraciones de Argenis, Yanwaldo, Carlos, Eduardo y Javier, aspirantes al concurso Miss Gay Venezuela.

Pero no fueron las únicas películas galardonadas o con la venia del público. Desde que comenzaron las proyecciones el lunes 17 de junio de 2024, ya los asistentes a las salas de Cinex del centro comercial Costazul en Margarita empezaban a manifestar sus preferencias. *Mi tía Gilma* de Alexandra Henao fue una de esas obras que se anotó en las quinielas como favorita.

La visión de la debacle de un país desde los ojos de una joven generó empatía. El público vio cómo la muchacha buscaba sobrevivir a una calamidad familiar, mientras las calles del país estallaban para exigir cambio.

La película cuenta la historia de Isabel (Marlyale Benites) quien vive con su tía (Diana Peñalver). Vive con ella porque su mamá se fue a otro país. Testigo del éxodo, la adolescente se tiene que hacer cargo de la casa cuando su tía es hospitalizada por los golpes de su pareja, un militar corrupto. Así, la muchacha enfrenta un mundo en un precario centro de salud, un país que poco

AGENDA PÚBLICA

le ofrece. En la gala del jueves 20 de junio, *Mi tía Gilma* obtuvo tres estatuillas. Si existiera premio del público, seguramente hubiese sido la más votada.

REGISTRO CONTUNDENTE

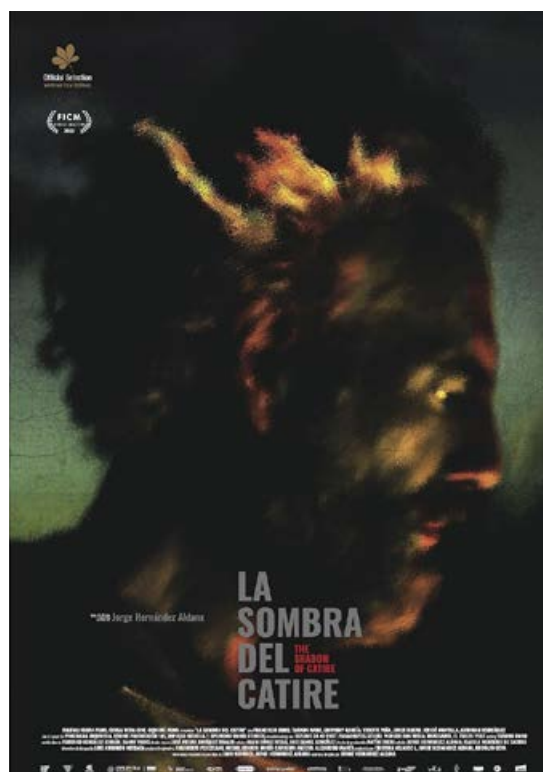
La edición número veinte del Festival del Cine Venezolano tuvo en su programación diversas historias y géneros que en parte importante permitían sacar una conclusión: la necesidad de hablar de un país.

Si bien en *La sombra del catire* no hay alusiones directas, la historia de Benigno (Francisco Denis) se desarrolla en un terreno árido, no solo en geografía, sino en la desolación arropadora en una zona sin ley. Es como un wéstern asfixiante hispanoamericano a la venezolana.

Ya en *Mi tía Gilma* las intenciones son más evidentes, pues el contexto que subraya la trama es además reciente, con heridas todavía sin cicatrizar por muchos. Alexandra Henao es una de las mejores directoras de fotografía del cine venezolano y desde hace unos años vive afuera. En su hoja de vida resaltan títulos como *Azul y no tan rosa*, *El Inca*, *3 bellezas*, *Historias pequeñas*, *La noche de las dos lunas*, *El rumor de las piedras* y *Dirección opuesta*, obras que en mayor o menor medida ya auscultaban al país desde distintas vivencias. Con *Mi tía Gilma* debutó en el universo de los largometrajes de ficción.

Una catarsis familiar fue *One way*, el drama de Carlos Daniel Malavé protagonizado por Daniela Alvarado, quien interpreta a una madre que vive el idilio de un hijo que comprende la austeridad del hogar, a la vez que mantiene la aspiración de quien descubre el mundo y apuesta por el futuro. Pero un accidente en casa trastoca la rutina, y ahí, en las calles, los tentáculos de la tragedia del país llegan a la aspiración por superar el percance. La actriz ofrece además una de sus mejores actuaciones, con un registro que hace imposible que el espectador quede impávido. La idea del largometraje surgió durante una emergencia que vivió el director con su familia. Ahora viven en Colombia.

Hambre de Joanna Nelson narra a dos jóvenes que se encuentran en un país desorbitado. Selina



(Claudia Rojas) se fue a Italia, pero vuelve al país, donde se reencuentra con Roberto (Gabriel Agüero), un joven idealista que trabaja en un ministerio. Ambos entonces enfrentan una ciudad en escasez, familiares corruptos y la apabullante sensación de tener que huir. Era favorita también desde el principio, pero no recibió ningún galardón. Pero queda en la constancia de un ímpetu por tratar una de las etapas más agobiantes de la nación, aquellos años de largas colas para comprar productos y de personas que de la carestía pasaron repentinamente a la abundancia más grosera.

Y no solo la ficción fue catarsis, sentimiento y registro. Los documentales también fueron poderosos en su foco. *La prisión de mi padre*, de Iván Simonovis Pertíñez, hiló imágenes de archivo familiares con grabaciones de la reclusión en casa del comisario Iván Simonovis, y padre del cineasta, para contar la intimidad de un hogar trastocado por una sentencia. El largometraje llega a su clímax con imágenes del escape del ex funcionario.

Pero también hubo atención a la estética de la rutina con obras como *Mariposa de papel*, de Rafael Medina Adalfio, quien se inspiró en la labor de los agricultores de La Grita para mostrar

cómo es su día a día de siembra y cosecha para traer a Caracas verduras, frutas y hortalizas. Es el país en su faena, en su belleza y adversidades.

Ozzie, la historia de Oswaldo Cisneros Fajardo, de Maurizio Liberatoscioli, es una loa a la vida empresarial de la segunda mitad de los años noventa, esa que afianzó la Venezuela moderna.

Otros trabajos que apuntaron al desgarró emocional fueron *Caminos a ninguna parte*, de Hector Torres, sobre personas que por distintas vías han intentado huir del país en las más extremas condiciones, y *Sexo por supervivencia*, de Jorge Antonio González, enfocado en venezolanas que en Cúcuta se dedican a la prostitución para procurar el sustento.

Y los cortometrajes no se quedaron atrás, con especial atención a las despedidas, las ausencias, el apagón de 2019, las adicciones y las relaciones.

Pero tampoco todo fue catarsis. Hubo cabida también a otras narrativas con diversos sentimientos o experimentos, como la teatral *Asesinos notables*, de Marcos Moreno. Un thriller sobre un crimen en el que hay distintos sospechosos y versiones.

EN LA ISLA

La muestra del Festival del Cine Venezolano no puede ser acusada de omisiones. Y no es la primera vez que recoge ese ímpetu de registro de existencia en la Venezuela de los años recientes. Ya en la edición del año pasado sumó a su programación películas como *Simón*, de Diego Vicentini; *Hijos de la revolución*, de Carlos Caridad Montero; *Yo y las bestias*, de Nico Manzano y *La sombra del sol*, de Miguel Ángel Ferrer, obras que de diversas maneras ubicaban a sus protagonistas en una realidad fácil de reconocer no solo por su calamidad, sino también por esa virtuosidad humana de sobrevivir a pesar de todo. Buscar caminos, maneras para trascender todo agobio.

Es cierto también que la muestra recibió críticas en el pasado por premiar obras con claras intenciones propagandísticas, como ocurrió en 2023 con *La batalla de los puentes*, de Carlos Azpúrua.

En 2022 se activaron las alarmas cuando la gobernación de Mérida nombró al Festival del Cine Venezolano como Patrimonio Inmaterial, Cultural y Artístico de Mérida, su ciudad natal. En conversaciones entre críticos y periodistas la medida generó suspicacias, interpretada como una manera de controlar un certamen que desde hace años es responsabilidad de la Fundación para el Desarrollo de las Artes y la Cultura, dirigida por Karina Gómez, quien siempre ha dicho que el certamen tiene como objetivo recibir todas aquellas propuestas de realizadores venezolanos sin importar su pensamiento.

Ya en *Mi tía Gilma* las intenciones son más evidentes, pues el contexto que subraya la trama es además reciente, con heridas todavía sin cicatrizar por muchos. Alexandra Henao es una de las mejores directoras de fotografía del cine venezolano y desde hace unos años vive afuera.

Dos años después el festival se realizó en la isla de Margarita para garantizar la calidad que se le ha exigido a la muestra, pues quienes desde hace años han ido a cubrirlo a Mérida, siempre han apuntado que la ciudad no está en condiciones para albergar un evento que exige una producción óptima. Cines que no han actualizado sus salas, apagones y otros problemas hacían que la experiencia no fuera la mejor para los asistentes. Uno de los comentarios más comunes era relatar como a veces se proyectaban las películas con un *video beam* sobre una butaca.

En las salas de Cinex de Margarita la experiencia fue otra. Con siete funciones por día a partir de las 9:00 am. Con pocos retrasos, de apenas 15 o 20 minutos. Además, en un complejo de 2021, con equipos y mobiliario de reciente instalación. Un personal dispuesto a la atención. A medida que transcurría el festival, el boca a boca funcionaba mejor y la afluencia era mayor. Ya el miércoles, último día de proyecciones, se notaba que de haber otro día, el entusiasmo no decaería.



Ya para esos días, organizadores y periodistas estaban al tanto de una noticia emitida desde Mérida: la gobernación anunció que este año organizará el Festival del Cine Nacional.

Sin embargo, no había mayor preocupación en la isla. Ya para entonces se sabía que Nueva Esparta sería nuevamente sede en 2025, aunque no se conocía la fecha. Ahora se sabe que será del 22 al 26 de junio en las mismas instalaciones de Cinex. Una jugada certera que no solo permite un festival a la altura de las expectativas, sino también autonomía de intenciones oficialistas.

En resumen, la edición de 2024 del Festival del Cine Venezolano fue un reencuentro entre figuras del gremio, entre aquellos que ahora responden a otros husos horarios y los que todavía se mantienen en el país. Fue un punto para discutir los retos que enfrenta actualmente la industria, como el presupuesto o la disponibilidad de las películas después del paso por festivales y la cartelera.

También se mantiene viva la discusión sobre lo que es ahora cine venezolano, en momentos en los que tantos realizadores, guionistas, productores y actores viven y filman en otros países; el diálogo sobre la nacionalidad de las películas.

Un tema que tuvo un punto álgido en 2022 con *La caja*, un largometraje de Lorenzo Vigas filmado en México con actores mexicanos.

El Festival del Cine Venezolano vivió en Margarita una evolución con creces, que dejó atrás a una ciudad golpeada por la catástrofe, una situación de infraestructura que al final afectaba sin compasión la experiencia cinematográfica. Y no es que la isla esté en su mejor momento. De hecho, hubo bajones en algunas funciones, pero a los pocos minutos se restablecían las proyecciones afectadas. Se nota que hubo mejores tiempos. Pero Margarita mantiene todavía el andamiaje de otros años que se ha revitalizado en algunos puntos, a pesar siempre del contexto adverso. Por ejemplo, el centro comercial Costazul da señales de mayor afluencia, de tiendas con mayor facturación. Pero ahí está, todavía con la elegancia que se proyectó desde la maqueta.

En esas salas de Cinex se congregó la creación de un grupo de gente del cine que decidió contarse, para reflexionar, denunciar, elogiar, celebrar y subrayar distintos aspectos de la venezolanidad y sus circunstancias, tanto las urgentes como las más sosegadas.

El cine como expresión humana en todas sus líneas. Un festival que una vez culminado dejó un guayabo en más de uno, ansioso por conocer más o por ver aquellas para las que no alcanzó el tiempo para veinticuatro largometrajes de ficción y once documentales, sin contar las decenas de cortometrajes.

HUMBERTO SÁNCHEZ AMAYA

Periodista cultural que ha escrito para medios como *El Nacional*, *Crónica Uno*, *El Diario*, *Infobae*, *Clímax*, *Alternos*, *Gladys Palmera* y *Rockaxis*. Es coautor de los libros *Nuevo país de las letras* (Banesco. 2016), *Nuevo país de las artes* (Banesco. 2017), *Nuevo país del cine* (Banesco. 2018), *Nuevo país de la fotografía* (Banesco. 2019) y *Nuevo país de la danza* (Banesco. 2021).

En 2015 recibió la Orden Juan Liscano que otorga la Alcaldía de Chacao y en 2012 recibió el Premio Antonio Arráiz que entrega el diario *El Nacional*.